

Las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes

El 8 de diciembre de 1854 Pío IX promulgaba su constitución *Ineffabilis Deus*, en que declaraba dogma de fe el privilegio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Cuatro años más tarde, el 25 de marzo de 1858, la Santísima Virgen, apareciéndose en Lourdes a Bernardita Soubirous, una humilde pastorcita, le revelaba: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*».

1º Las apariciones de Lourdes.

Todo empezó un 11 de febrero de 1858. Bernardita recogía leña en un bosque junto al río Gave, con una de sus hermanas, Toinette, y una amiga, Jeanne. Había llegado ante la gruta llamada de Massabielle, y no pudiendo cruzar el río sin mojarse los pies, empezaba a descalzarse, cuando, dice ella, «*oí un ruido como un fuerte viento*». Volvió la cabeza, pero los chopos que estaban detrás de ella no se movían. «*Entonces –refiere– seguí descalzándome*». De nuevo el ruido del viento. Esta vez miró en dirección de la gruta, que se iluminó, y en esta luz se le apareció una figura blanca que sonreía.

«Tenía un vestido blanco, un velo también blanco, una cinta azul y una rosa amarilla en cada pie. También su rosario era amarillo. Me quedé sorprendida. Creyendo engañarme, me restregué los ojos, y volví a mirar. Veía siempre a la misma Señora. Metí la mano en el bolsillo donde tenía el rosario. Quería hacer la señal de la cruz, pero no pude llevar la mano hasta la frente. El miedo se apoderó de mí y la mano me temblaba, pero no hui. La Dama tomó el rosario que sostenía entre sus manos e hizo la señal de la cruz; intenté hacerlo una segunda vez y lo conseguí. No bien hice la señal de la cruz, el gran miedo que sentía desapareció. Me arrodillé y recé el rosario con la bella Señora. La visión pasaba las cuentas de su rosario sin mover los labios. Al acabar el rosario me hizo señas de que me acercara, pero yo no me atreví. Entonces la bella Señora desapareció improvisamente».

En el camino de vuelta, Bernardita les habló a su hermana y a la amiga de lo que había visto, y les hizo prometerle que no lo revelarían a nadie, pero Toinette se lo contó a sus padres; los cuales, por la noche, interrogaron a Bernardita y le prohibieron ir de nuevo a la gruta.

Sea por inspiración secreta, sea a instigación de sus compañeras, Bernardita volvió a la gruta el domingo y el jueves siguientes, y cada vez se renovó el mismo

fenómeno. El domingo, para asegurarse de que este ser misterioso venía de parte de Dios, la joven le echó por tres veces agua bendita, y recibió de la Dama una mirada llena de dulzura y ternura. El jueves la aparición habló a Bernardita, y le pidió que volviera durante quince días.

Al otro jueves, 25 de febrero, la Señora pidió a Bernardita que bebiera de una fuente, se lavara en ella y comiera hierba. Ella, no viendo agua en la gruta, se dirigió hacia el Gave, pero la Aparición la detuvo y le dijo que fuera al fondo de la gruta, al lugar que Ella le señalaba con el dedo. La joven obedeció, pero sólo encontró allí un poco de tierra empapada. Enseguida practicó con sus manos un pequeño agujero, que se llenó de un agua fangosa; bebió de ella, se lavó, y comió una especie de berro que allí crecía; todo ello, «como penitencia» y «por la conversión de los pecadores».

El martes 2 de marzo, la Señora volvió a hablar a Bernardita, encargándole que fuera a decir a los sacerdotes que quería que le levantasen una capilla en el lugar donde se le había aparecido. La joven fue a buscar al señor párroco para decírselo, pero el Padre Peyramale, que así se llamaba, recibió su mensaje con frialdad. Bernardita le insistió para que se construyera una capilla, aunque fuera pequeñísima. «Pues bien –repuso el cura Peyramale–, que antes la Señora diga su nombre y haga florecer el rosal de la gruta; luego le haremos la capilla, que no va a ser pequeñísima, sino grandísima».

Pasados ya los quince días solicitados, la Dama volvió a aparecerse a Bernardita otras tres veces: el 25 de marzo, el 7 de abril y el 16 de julio.

El 25 de marzo, día de la Anunciación de Nuestra Señora, Bernardita repitió la pregunta que el párroco le había sugerido: «Señora, ¿tendrais la bondad de decirme quien sois?». La Dama seguía sonriendo en silencio, pero Bernardita insistió. Entonces, levantando los ojos al cielo y juntando las manos a la altura del pecho, la Aparición le respondió: «QUE SOY ERA IMMACULADA COUNCEPCIOU: Yo soy la Inmaculada Concepción». Bernardita no comprendió el sentido de estas palabras, por lo que durante todo el camino de la gruta a la casa del párroco las fue repitiendo en voz alta para no olvidarlas. El párroco se quedó de piedra. «¡Una señora no puede llevar ese nombre! Te equivocas, ¿sabes qué quiere decir?». Bernardita se limitó a repetir esas palabras tal como las había oído. El cura Peyramale quedó muy impactado, sabiendo que la niña, en su ignorancia, no podía haberse inventado una definición dogmática.

El 7 de abril tuvo lugar el llamado «milagro del cirio»: la llama del cirio que Bernardita tenía en sus manos durante la visión rozó las palmas de las manos de la joven por un cuarto de hora sin quemarla. El doctor Dozous, al ver el fenómeno, abandonó su escepticismo y se convirtió. La Santísima Virgen renovó ese día la petición de que se construyera una capilla en el lugar.

Esta es la narración de las apariciones, recogida de labios de Bernardita, que tuvo el privilegio de ver a la Virgen nada menos que 16 veces.

2º Efectos sobrenaturales de la aparición.

La simplicidad y la modestia de esta joven fueron la primera prueba de la autenticidad del hecho, que produjo inmediatamente efectos sobrenaturales y di-

vinos. A medida que pasaban los días de las apariciones y se difundía la noticia de las mismas, el número de personas que acudía al lugar empezó a aumentar sin cesar, hasta llegar a ser un gentío inmenso. Y mientras la joven estaba absorta en la visión de la Señora, los testigos de este prodigio, conmovidos y compungidos, se unían en un mismo sentimiento de adoración y de súplica.

Los *efectos producidos en las almas* fueron inmediatos y enormes: las almas ya cristianas se retiraban fortalecidas en la virtud; los hombres tocados por el frío de la indiferencia volvían a las prácticas de la religión; los pecadores endurecidos se reconciliaban con Dios apenas se invocaba en su favor a Nuestra Señora de Lourdes.

Más célebres son tal vez los *efectos producidos en los cuerpos*. La pequeña fuente fangosa cavada por Bernardita con sus propias manos, se convirtió a partir del 28 de febrero en una abundante fuente de agua límpida que perdura hasta hoy, y mediante la cual la Virgen de Lourdes realizaba los más estupendos milagros: ciegos recuperaban la vista, tullidos recobraban el movimiento, enfermos incurables salían de esas aguas perfectamente sanos. De todas partes los enfermos que no podían trasladarse a la gruta pedían agua de la gruta de Massabielle. Y lo más asombroso es que el agua de esta fuente está privada de toda cualidad natural curativa, según el dictamen de hábiles químicos, que hicieron un riguroso análisis de la misma.

Ante estos hechos, Monseñor Laurence, obispo de Tarbes, declaraba el 18 de enero de 1862: «*Lo que Bernardita vio y escuchó, la aparición que decía ser la Inmaculada Concepción, no es otra que la Santísima Virgen*».

3º Lourdes es la confirmación de la oportunidad de la definición de la Inmaculada Concepción.

A enfermedades nuevas corresponden remedios nuevos. En 1858 estábamos frente a una nueva herejía formidable, la herejía de los tiempos modernos, EL NATURALISMO. Nuestra Señora de Lourdes, con sus apariciones, vino a abatirlo. En efecto, ¿qué es el naturalismo?

1º Ante todo, es *la negación del pecado original*, y la afirmación de la bondad original del hombre. «*Todo el dogma revolucionario* —escribía el Padre Félix Sardá i Salvany en 1892— *se reduce a la negación del pecado original... De esta negación resulta la divinización de la razón humana, su independencia de Dios y su pretendida soberanía*».

«*Pues bien* —sigue diciendo Don Sardá i Salvany—, *a esta negación responde plenamente el dogma de la Inmaculada Concepción. En efecto, confesar que María ha sido preservada del pecado original por un privilegio singular de Dios, es reconocer el pecado original de todos y cada uno de los demás descendientes del primer hombre. El misterio de la Concepción de María es un claro desmentido de la negación revolucionaria*».

2º El naturalismo es también *la negación de todo lo sobrenatural*. Pues bien, a la ciencia orgullosa, que quiere reducirlo todo a los límites de la razón, y re-

chaza todo lo que ella no puede explicar, la Virgen de Lourdes le hace palpable lo sobrenatural, y le recuerda que *«para Dios no hay nada imposible»*: la fuente de la Aparición devuelve la vista a los ciegos, abre los oídos a los sordos, endereza a los cojos, reanima a los paralíticos, cicatriza las heridas más profundas. Los médicos más reputados tienen que inclinarse en Lourdes ante la evidencia de los milagros más sorprendentes, perfectamente documentados y totalmente inexplicables para la ciencia humana.

3º El naturalismo es, finalmente, *el espíritu de disfrute y de placer*. Si el hombre no está dañado ni desordenado en sus inclinaciones, no hay nada que le impida gozar libre y totalmente de los placeres de esta vida.

Pues bien, a este espíritu la Virgen de Lourdes opone la ley austera de la penitencia. Si pudiéramos resumir a una palabra el mensaje de Lourdes, sería justamente esta: ¡Penitencia, penitencia, penitencia! La Virgen, desde la aparición del 24 de febrero, mencionó varias veces esta palabra a Bernardita, como la consigna que venía a darnos por medio de la joven pastorcita. Por la conversión de los pobres pecadores le hizo besar la tierra, beber del agua fangosa que salía de la fuente, y comer de las hierbas que crecían en la cueva. Varias veces volvió a pedirle que subiera de rodillas hacia el fondo de la gruta y besara la tierra en señal de penitencia por los pecadores.

El resto de la vida de la humilde pastorcita fue un catecismo viviente de esta penitencia reclamada por la Virgen en Lourdes. «Prometo hacerte feliz –le había dicho Nuestra Señora–, pero no en esta vida». Y de hecho, después de ingresar en el convento de las Hermanas de la Caridad de Nevers y de profesar con el nombre de Sor María Bernarda, su salud fue siempre precaria, pues sufrió, con agudos dolores, la tuberculosis y el asma. A las preguntas que le hacían los Superiores y médicos, espantados porque Bernardita sonreía cuando humanamente no era posible soportar los dolores que habían invadido sus huesos, contestaba ella que así lo quería Dios, y que se sentía feliz de servirle».

Conclusión.

María es *«terrible como un ejército en orden de combate»*, según expresión de las divinas Escrituras (Cant. 6 3); y la Sagrada Liturgia canta que *«Ella, y Ella sola, es la que aplasta las herejías del mundo entero»*. De ello tenemos una prueba más que fehaciente en Lourdes. Pero, al mismo tiempo, en Lourdes tenemos también a la Madre que busca a sus hijos y los acoge benignamente cuando vuelven arrepentidos.

Al fin de su vida, una niña preguntaba a Bernardita si la Dama era hermosa. *«¡Ah, sí! Era tan bella que, cuando se la ha visto una vez, se querría morir para volver a verla»*. *«Cuando se la ha visto –solía decir también–, es imposible volver a amar la tierra»*. Que al igual que Bernardita, la Virgen nos conceda la gracia de contemplar un día su belleza en el cielo.